ETC.

A UN AÑO DEL CRAC DE WALL STREET

Esta semana los corredores de la Bolsa neoyorquina festejaron un curioso aniversario. Sobre sus portafolios y sus escritorios pintaron la leyenda: "Yo sobreviví al crac de octubre de 1987". En los días que siguieron a aquel fatídico "lunes negro" muchos pensaron que se avecinaba, de manera inminente, un desastre económico que aún no se ha producido. Sin embargo, no se descarta que al compás de la expansión que se registra en EE.UU. y en Japón se podría estar gestando un nuevo sobrecalentamiento de la economía mundial.

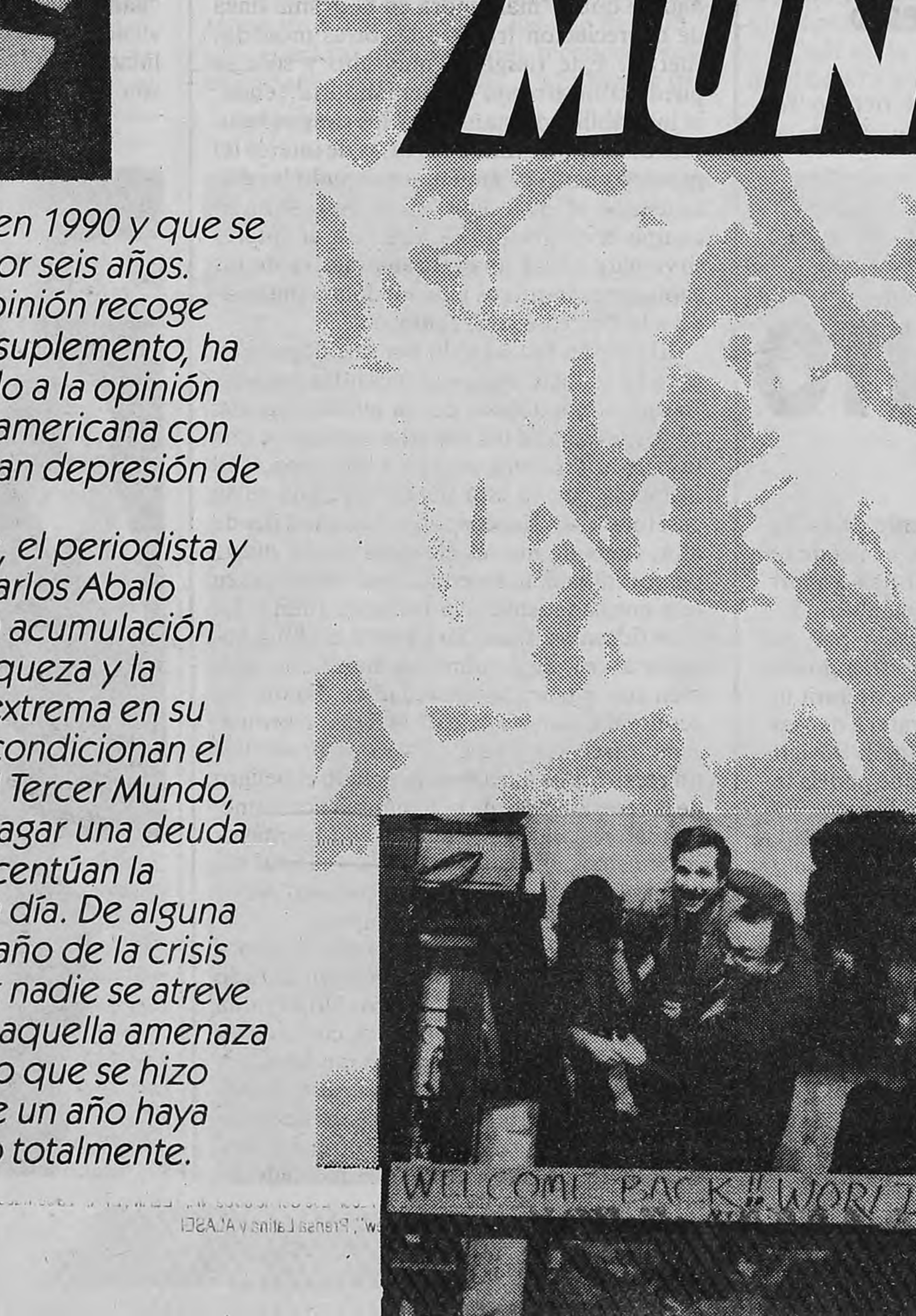
Las voces más apocalípticas, entre las que se cuenta el profesor Ravi Batra, titular de la cátedra de economía de la Universidad Metodista del Sudeste, vaticinan una catástrofe cuyo cenit se sitúa en 1990 y que se prolongaría por seis años. Batra, cuya opinión recoge parte de este suplemento, ha conmocionado a la opinión pública norteamericana con su libro "La gran depresión de 1990".

Por su parte, el periodista y economista Carlos Abalo alerta sobre la acumulación excesiva de riqueza y la desigualdad extrema en su reparto, que condicionan el desarrollo del Tercer Mundo, lo fuerzan a pagar una deuda imposible y acentúan la pobreza día a día. De alguna manera, a un año de la crisis de Wall Street nadie se atreve a afirmar que aquella amenaza sobre el futuro que se hizo presente hace un año haya desaparecido totalmente.



A DONDE VA LA ECONOMIA MUNDIAL

AFP



AFP



AFP

A DONDE VA LA ECONOMIA MUNDIAL

Por Carlos Abalo

Después de producido el crac bursátil del 19 de octubre de 1987, los estudios realizados por diversas entidades internacionales presagiaban la posibilidad de un receso generalizado. El crac había significado una pérdida muy grande de riqueza y era previsible que el consumo se redujera drásticamente, lo que provocaría una retracción en la demanda de bienes durables y de inversión. Hubo un puñado de optimistas que pensaron que la disminución en los niveles de actividad no necesariamente tendría que ser muy grande, pero muchos otros pronosticaron un colapso.

De la mera lectura de los informes económicos internacionales podría deducirse que la razón la tenían los optimistas. En vísperas del crac (en el tercer trimestre de 1987), las tasas de crecimiento del producto en los principales países industrializados no eran bajas. Pues bien, en el cuarto trimestre de 1987 y el primero de 1988 esas cifras siguieron siendo elevadas, aunque se empiezan a reducir moderadamente en la República Federal de Alemania y en Japón. El elevado ritmo de crecimiento no era consecuencia exclusiva del desarrollo del comercio y de los servicios, ya que la actividad industrial alcanzó una dinámica bastante alta, particularmente en Estados Unidos y Japón. En la RFA, en cambio, el producto industrial crece con menos velocidad que el producto global.

El producto bruto estadounidense creció 3,3% anual en el primer semestre de 1988, con lo que se cumple *el sexto año de expansión ininterrumpida, el más prolongado que ha tenido ese país en tiempos de paz*. Pero lo notable es que la expansión norteamericana, que —como se ve— no se detuvo con el crac, se expresa sobre todo en las ramas industriales que más tendrían que haber sido golpeadas por la competencia, debido a la baja internacional del dólar. Estas ramas industriales se dirigen especialmente a la exportación (que creció casi 26% en el primer trimestre de 1988) y a la competencia en el mercado interno con los productos importados.

En Japón, por lo contrario, la valorización de su moneda tendría que haber afectado a las industrias ya consolidadas en el mercado mundial. Sin embargo, son precisamente estas industrias las que más se han fortalecido.

La conclusión en ambos casos es que tanto en Estados Unidos como en Japón tiene lugar una *reconversión industrial* que parece exitosa y que denuncia la presencia de una economía cada vez más competitiva. En Estados Unidos vuelven al mercado empresas que habían cerrado, incluso muchas de pequeña y mediana dimensión, y a mediados de este año la industria estaba operando a más de 83% de su capacidad de producción.

Una aproximación más inquietante

El lado oscuro de esta expansión es que su ritmo rápido y la elevada capacidad industrial ocupada podrían estar produciendo un *sobrecalentamiento*, según algunos análisis que no se dejan guiar sólo por el éxito inmediato (ésta es, entre otras, la posición de *The New York Times*).

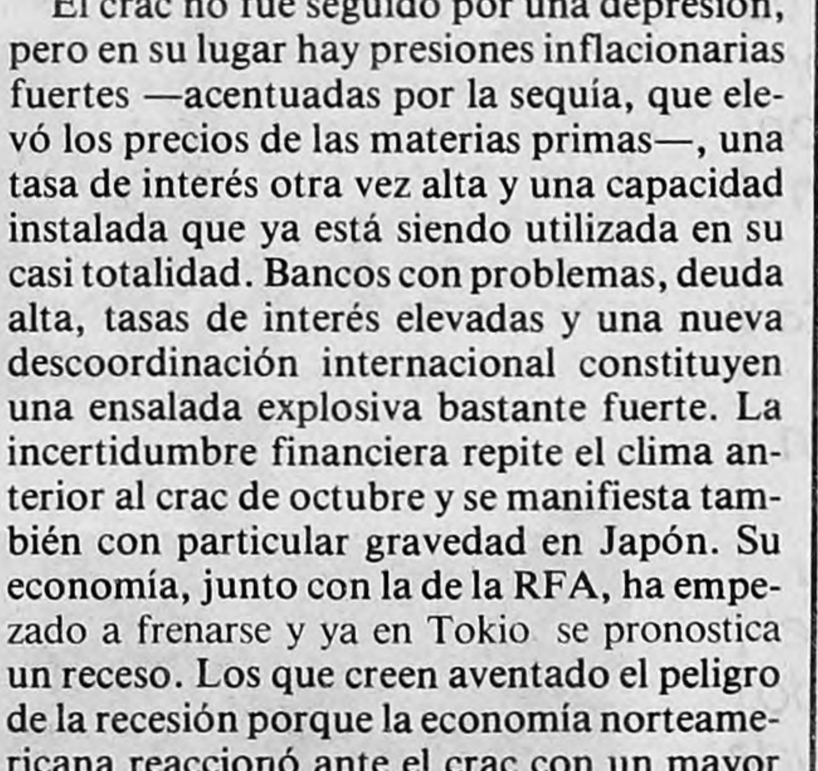
En 1986 y 1987 los países capitalistas desarrollados habían tenido un crecimiento bajo, la producción industrial estaba estancada y la inversión era bastante pobre. La situación cercana al estancamiento se daba en medio de grandes cambios en las reglas de juego. Los acuerdos del Louvre (febrero de 1987) y la cumbre de Venecia (junio del mismo año) pudieron establecer una cierta coordinación en la política económica, para estabilizar el dólar y las tasas de interés. La coordinación había sido largamente resistida, pero el cuadro preocupante de la economía mundial la hizo necesaria. Por consenso, se decidió que la RFA y Japón aumentarían su demanda interna para atraer exportaciones de otros países, en primer lugar de Estados Unidos, y reducir su desestabilizadora acumulación de reservas internacionales. La fuerte regulación anticíclica internacional, operada por consenso de los principales países capitalistas, permitió eludir la depresión y pasar a una fase de auge, pero las mayores facilidades detuvieron las correcciones a los desequilibrios pasados. Hubo reactivación, pero Estados Unidos volvió a acumular déficit en su comercio exterior y en su presupuesto.

La persistencia del déficit inició un movimiento de retirada en los capitales extranjeros radicados en los mercados financieros norteamericanos. Para defenderse de esos retiros, Washington aumentó su tasa de interés y esa política fue seguida en los países capitalistas desarrollados y así se rompieron los acuerdos de coordinación tomados en el Louvre y en Venecia. La incertidumbre frente a la ruptura de los acuerdos y la vuelta a mayores déficit comerciales propiciaron la venta acelerada de títulos en los mercados de valores, porque se sabía que esos títulos estaban sobrevaluados. Si aparecían nuevas condiciones de incertidumbre, había que abandonar posiciones seguramente condenadas a la depreciación. La venta desordenada de títulos y acciones, multiplicada por la fluidez que otorga la internacionalización de los mercados, desencadenó el crac bursátil del 19 de octubre de 1987.

Cuando lo verdadero es lo que no se ve

La devaluación del capital ficticio fue mucho menor que la sobreproducción de capital existente, pero ese capital ficticio se puede mantener en vigencia gracias a una política expansiva keynesiana (a pesar de todo lo que se dice en sentido contrario) encaminada a evitar la depresión y el crac bancario mediante una nueva ola inflacionaria. El aumento de la liquidez volvió a bajar la tasa de interés, el dólar continuó bajando y las empresas norteamericanas —particularmente aquellas orientadas hacia la exportación— recibieron un nuevo impulso. Así se explica el crecimiento detallado en la primera parte de esta nota, concentrado precisamente en las industrias de exportación.

Pero la inflación está en ascenso, los déficit no se han frenado y crece el pago de intereses y dividendos a las inversiones extranjeras en Estados Unidos. El dólar, la moneda más usada en las transacciones internacionales, es, a la vez, la moneda nacional más débil de los grandes países capitalistas, porque se apoya en una economía superendeudada (la deuda externa ya es de 400.000 millones de dólares). Eso explica su debilidad y la seguridad de que se mantendrá en la misma línea de depreciación frente a las otras monedas fuertes. Este riesgo es muy alto y sólo se puede contrarrestar aumentando la deuda, la inestabilidad financiera y los riesgos futuros, es decir, elevando las tasas de interés (el procedimiento es similar —salvando las distancias— al que sigue en la Argentina el equipo económico). La alta tasa de interés sirve para evitar una retirada masiva de los capitales extranjeros ante un dólar condenado a la depreciación segura.



El crac no fue seguido por una depresión, pero en su lugar hay presiones inflacionarias fuertes —acentuadas por la sequía, que elevó los precios de las materias primas—, una tasa de interés otra vez alta y una capacidad instalada que ya está siendo utilizada en su casi totalidad. Bancos con problemas, deuda alta, tasas de interés elevadas y una nueva descoordinación internacional constituyen una ensalada explosiva bastante fuerte. La incertidumbre financiera repite el clima anterior al crac de octubre y se manifiesta también con particular gravedad en Japón. Su economía, junto con la de la RFA, ha empezado a frenarse y ya en Tokio se pronostica un receso. Los que creen aventado el peligro de la recesión porque la economía norteamericana reaccionó ante el crac con un mayor crecimiento, no están viendo la totalidad del movimiento y podrían estar contentándose sólo con el recuento de los porotos.

Lo que hay que entender es que la economía no consiste en la producción por un lado y en la especulación por el otro. No hay una economía *real* y otra *monetaria*, como creen los que viven en la luna de los modelos. La actividad productiva y la inversión financiera forman parte del movimiento del capital, que es lo que define una y otra. La producción industrial y agraria, el mercado financiero, el comercio exterior y la política monetaria en los países capitalistas centrales y en la periferia son piezas de una misma cosa: la valorización internacional del capital. A medida que avanzó el largo período de expansión de la economía mundial capitalista de posguerra, fue disminuyendo la tasa de rentabilidad obtenida por el capital invertido en la actividad productiva, como lo ha documentado el Banco Mundial. Este hecho incentivó el empapelamiento del capital, su reproducción por medio de títulos y bonos, que no son una expresión real de riqueza sino un derecho a participar en los dividendos y los intereses. La valorización de los papeles es una consecuencia de la enorme concentración de capitales, que sólo puede tener lugar a partir de la disponibilidad de esos títulos. Pero la valorización de los títulos se independizó de la suerte seguida por la riqueza expresada en fábricas y medios de producción de todo tipo.

Los capitalistas pueden creer que esa valorización excesiva de los títulos es real, pero cuando llega el momento de la verdad sobrevienen las sorpresas, porque si no hay posibilidad de utilizar la riqueza real, los títulos son nada más que papel.



AFP


AFP

A R G E N T I N A

CURADOS EN ESPANTO

Por C. A.

El equipo económico dirigido por el ministro Juan Vital Sourrouille apuesta sus cartas a conseguir una economía de exportación. Nadie podría discutir esa estrategia en un momento en que todos los países ven su porvenir en el mercado mundial. Pero sí es discutible que la apuesta exportadora sea casi exclusiva. "Si queda espacio para el mercado interno, será como consecuencia del desarrollo exportador", dicen los funcionarios de Hacienda, pero "el reinado del mercado interno se terminó". En la perspectiva de una posible crisis internacional, es una posición bastante arriesgada.

Para evaluarla está el caso de Brasil. El gobierno argentino se ofrece a ser un pionero de la apertura aconsejada por el Banco Mundial y, en consonancia con esa política, la Argentina se limitó a bregar el año pasado en el GATT por un mayor espacio para sus exportaciones agropecuarias, a cambio de buena letra para abrir su mercado interno. No es sólo una conducta del gobierno. Guillermo Alchouron, presidente de la Sociedad Rural y afiliado radical, acaba de renovar discutibles apreciaciones antiindustrialistas en favor del libre cambio.

Entretanto, Brasil —que peleó por sus computadoras en el GATT resistiéndose a ceder su mercado interno— acaba de abrir un insólito e inesperado frente: tratará de venderle sus computadoras a la Unión Soviética, afrontando una operación que podría tener explosivas consecuencias políticas.

La diferencia está a la vista. Frente a la cambiante e incierta situación internacional, Brasil —como casi todo el mundo— tiene cartas diferentes, muchas de ellas respaldadas por su crecimiento industrial. La Argentina, en cambio, presenta un solo libreto. Someter el crecimiento a las posibilidades de la batalla presupuestaria y antiinflacionaria (aunque no termina de ganar ninguna de las dos), y jugar a aumentar sus exportaciones al mercado mundial, con mínimas posibilidades de defensa ante una posible depresión internacional.

A DONDE VA LA ECONOMIA MUNDIAL

Por Carlos Abalo

Después de producido el crac bursátil del 19 de octubre de 1987, los estudios realizados por diversas entidades internacionales presagiaban la posibilidad de un receso generalizado. El crac había significado una pérdida muy grande de riqueza y era previsible que el consumo se redujera drásticamente, lo que provocaría una retracción en la demanda de bienes durables y de inversión. Hubo un puñado de optimistas que pensaron que la disminución en los niveles de actividad no necesariamente tendría que ser muy grande, pero muchos otros pronosticaron un colapso.

De la mera lectura de los informes económicos internacionales podría deducirse que la razón la tenían los optimistas. En vísperas del crac (en el tercer trimestre de 1987), las tasas de crecimiento del producto en los principales países industrializados no eran bajas. Pues bien, en el cuarto trimestre de 1987 y el primero de 1988 esas cifras siguieron siendo elevadas, aunque se empiezan a reducir moderadamente en la República Federal de Alemania y en Japón. El elevado ritmo de crecimiento no era consecuencia exclusiva del desarrollo del comercio y de los servicios, ya que la actividad industrial alcanzó una dinámica bastante alta, particularmente en Estados Unidos y Japón. En la RFA, en cambio, el producto industrial crece con menos velocidad que el producto global.

El producto bruto estadounidense creció 3,3% anual en el primer semestre de 1988, con lo que se cumple *el sexto año de expansión ininterrumpida, el más prolongado que ha tenido ese país en tiempos de paz*. Pero lo notable es que la expansión norteamericana, que —como se ve— no se detuvo con el crac, se expresa sobre todo en las ramas industriales que más tendrían que haber sido golpeadas por la competencia, debido a la baja internacional del dólar. Estas ramas industriales se dirigen especialmente a la exportación (que creció casi 26% en el primer trimestre de 1988) y a la competencia en el mercado interno con los productos importados.

En Japón, por lo contrario, la valorización de su moneda tendría que haber afectado a las industrias ya consolidadas en el mercado mundial. Sin embargo, son precisamente estas industrias las que más se han fortalecido.

La conclusión en ambos casos es que tanto en Estados Unidos como en Japón tiene lugar una *reconversión industrial* que parece exitosa y que denuncia la presencia de una economía cada vez más competitiva. En Estados Unidos vuelven al mercado empresas que habían cerrado, incluso muchas de pequeña y mediana dimensión, y a mediados de este año la industria estaba operando a más de 83% de su capacidad de producción.

Una aproximación más inquietante

El lado oscuro de esta expansión es que su ritmo rápido y la elevada capacidad industrial ocupada podrían estar produciendo un *sobrecalentamiento*, según algunos análisis que no se dejan guiar sólo por el éxito inmediato (ésta es, entre otras, la posición de *The New York Times*).

En 1986 y 1987 los países capitalistas desarrollados habían tenido un crecimiento bajo, la producción industrial estaba estancada y la inversión era bastante pobre. La situación cercana al estancamiento se daba en medio de grandes cambios en las reglas de juego. Los acuerdos del Louvre (febrero de 1987) y la cumbre de Venecia (junio del mismo año) pudieron establecer una cierta coordinación en la política económica, para estabilizar el dólar y las tasas de interés. La coordinación había sido largamente resistida, pero el cuadro preocupante de la economía mundial la hizo necesaria. Por consenso, se decidió que la RFA y Japón aumentarían su demanda interna para atraer exportaciones de otros países, en primer lugar de Estados Unidos, y reducir su desestabilizadora acumulación de reservas internacionales. La fuerte regulación anticíclica internacional, operada por consenso de los principales países capitalistas, permitió eludir la depresión y pasar a una fase de auge, pero las mayores facilidades detuvieron las correcciones a los desequilibrios pasados. Hubo reactivación, pero Estados Unidos volvió a acumular déficit en su comercio exterior y en su presupuesto.

La persistencia del déficit inició un movimiento de retirada en los capitales extranjeros radicados en los mercados financieros norteamericanos. Para defenderse de esos retiros, Washington aumentó su tasa de interés y esa política fue seguida en los países capitalistas desarrollados y así se rompieron los acuerdos de coordinación tomados en el Louvre y en Venecia. La incertidumbre frente a la ruptura de los acuerdos y la vuelta a mayores déficit comerciales propiciaron la venta acelerada de títulos en los mercados de valores, porque se sabía que esos títulos estaban sobrevaluados. Si aparecían nuevas condiciones de incertidumbre, había que abandonar posiciones seguramente condenadas a la depreciación. La venta desordenada de títulos y acciones, multiplicada por la fluidez que otorga la internacionalización de los mercados, desencadenó el crac bursátil del 19 de octubre de 1987.

Cuando lo verdadero es lo que no se ve

La devaluación del capital ficticio fue mucho menor que la sobreproducción de capital existente, pero ese capital ficticio se puede mantener en vigencia gracias a una política expansiva keynesiana (a pesar de todo lo que se dice en sentido contrario) encaminada a evitar la depresión y el crac bancario mediante una nueva ola inflacionaria. El aumento de la liquidez volvió a bajar la tasa de interés, el dólar continuó bajando y las empresas norteamericanas —particularmente aquellas orientadas hacia la exportación— recibieron un nuevo impulso. Así se explica el crecimiento detallado en la primera parte de esta nota, concentrado precisamente en las industrias de exportación.

AFP

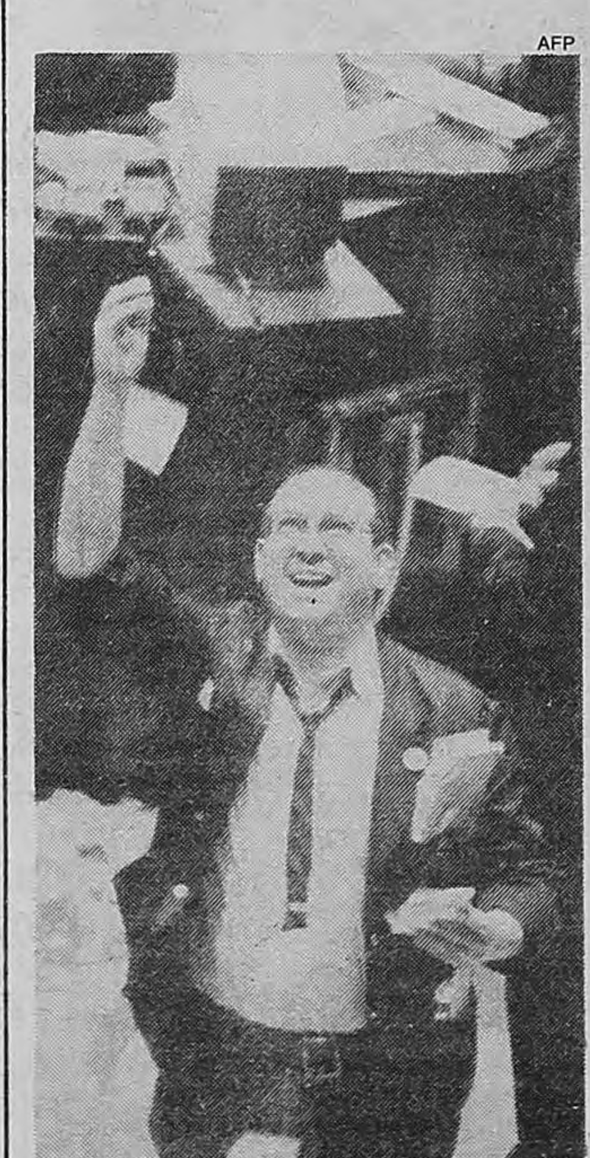
Pero la inflación está en ascenso, los déficit no se han frenado y crece el pago de intereses y dividendos a las inversiones extranjeras en Estados Unidos. El dólar, la moneda más usada en las transacciones internacionales, es, a la vez, la moneda nacional más débil de los grandes países capitalistas, porque se apoya en una economía superendeudada (la deuda externa ya es de 400.000 millones de dólares). Eso explica su debilidad y la seguridad de que se mantendrá en la misma línea de depreciación frente a las otras monedas fuertes. Este riesgo es muy alto y sólo se puede contrarrestar aumentando la deuda, la inestabilidad financiera y los riesgos futuros, es decir, elevando las tasas de interés (el procedimiento es similar —salvando las distancias— al que sigue en la Argentina el equipo económico). La alta tasa de interés sirve para evitar una retirada masiva de los capitales extranjeros ante un dólar condenado a la depreciación segura.

El crac no fue seguido por una depresión, pero en su lugar hay presiones inflacionarias fuertes —acentuadas por la sequía, que elevó los precios de las materias primas—, una tasa de interés otra vez alta y una capacidad instalada que ya está siendo utilizada en su casi totalidad. Bancos con problemas, deuda alta, tasas de interés elevadas y una nueva descoordinación internacional constituyen una ensalada explosiva bastante fuerte. La incertidumbre financiera repite el clima anterior al crac de octubre y se manifiesta también con particular gravedad en Japón. Su economía, junto con la de la RFA, ha empezado a frenarse y ya en Tokio se pronostica un receso. Los que creen aventado el peligro de la recesión porque la economía norteamericana reaccionó ante el crac con un mayor crecimiento, no están viendo la totalidad del movimiento y podrían estar contentándose sólo con el recuento de los porotos.

Lo que hay que entender es que la economía no consiste en la producción por un lado y en la especulación por el otro. No hay una economía *real* y otra *monetaria*, como creen los que viven en la luna de los modelos. La actividad productiva y la inversión financiera forman parte del movimiento del capital, que es lo que define una y otra. La producción industrial y agraria, el mercado financiero, el comercio exterior y la política monetaria en los países capitalistas centrales y en la periferia son piezas de una misma cosa: la valorización internacional del capital. A medida que avanzó el largo período de expansión de la economía mundial capitalista de posguerra, fue disminuyendo la tasa de rentabilidad obtenida por el capital invertido en la actividad productiva, como lo ha documentado el Banco Mundial. Este hecho incentivó el empapelamiento del capital, su reproducción por medio de títulos y bonos, que no son una expresión real de riqueza sino un derecho a participar en los dividendos y los intereses. La valorización de los papeles es una consecuencia de la enorme concentración de capitales, que sólo puede tener lugar a partir de la disponibilidad de esos títulos. Pero la valorización de los títulos se independizó de la suerte seguida por la riqueza expresada en fábricas y medios de producción de todo tipo.

Los capitalistas pueden creer que esa valorización excesiva de los títulos es real, pero cuando llega el momento de la verdad sobrevienen las sorpresas, porque si no hay posibilidad de utilizar la riqueza real, los títulos son nada más que papel.

AFP



La realidad del mundo actual consiste en que la capacidad de acumulación de capital y la acumulación de mercancías excede las posibilidades de la demanda global y, a la vez, el empapelamiento del capital excede a las mercancías y a la capacidad de producción acumuladas, sin posibilidades de que se puedan emplear a pleno con la demanda existente. Hay, por consiguiente, una sobreacumulación de capitales y una sobreproducción de mercancías, y una acumulación de capital en papeles (títulos y valores) al que se puede definir como *ficticio* porque excede la base material realmente existente. Por eso el exceso de títulos de capital en papel se combina fatalmente con la incapacidad de pago, que es lo que pasa con los títulos de la deuda externa.

Dado que la valorización de los papeles es momentáneamente independiente de la suerte de la actividad productiva, la primera se desarrolla febrilmente *precisamente cuando no hay chance de valorizar los capitales en la producción*. Pero el momento de la verdad es inevitable. El gobierno puede demorarlo asignando a la circulación monetaria papeles de aceptación más generalizada, para facilitar la circulación de los capitales de papel. Pero si la actividad productiva no ha crecido, el valor de los papeles es aparente y llega la hora de la verdad. Los mismos inversionistas se dan cuenta de la disparidad, observan con temor cómo crece la inflación y cómo se vuelven insolventes los bancos y en algún momento alquien empieza a huir de la próxima catástrofe: inevitablemente, los demás lo siguen y entonces sobreviene el crac bursátil. Esto es lo que sucedió en 1929 y se lo volvió a repetir el 19 de octubre de 1987.

Pero este secreto no se devela a quien se atiene exclusivamente al movimiento de los índices de producción. Para entender este proceso hay que observar el movimiento del capital en su conjunto y acostumbrarse a ver la producción y la especulación como formas del movimiento del capital, incluso cuando éste fuerza con la especulación la realización de una rentabilidad financiera con recursos que ya no existen y que por eso sólo se pueden obtener a costa de otros, empobreciendo a la sociedad. La suma de transacciones en los mercados de divisas de Nueva York, Tokio, Londres y Zurich representa unos 60 o 65 billones (millones de millones) de dólares por año, mientras el valor del comercio mundial no supera los 2 billones de dólares anuales. El capital dinero mundial en circulación es así treinta veces mayor que la masa de mercancías mundiales en circulación. Y éste no es un problema de especuladores. Las corporaciones son las que más capitales dedican a la especulación. *En Japón, que es un país caracterizado por el aumento de su producción, del 45 al 60 por ciento de los beneficios de las corporaciones se realizan en operaciones financieras.* Además, el enorme volumen de capital dinero ha fomentado el fraude en gran escala. Esta gran disparidad entre la situación del consumo y la expansión del capital, sobre todo en su forma ficticia, condiciona el desarrollo del Tercer Mundo, lo fuerza a pagar una deuda imposible de pagar y acentúa su pobreza día a día. Sucede que este movimiento mundial del capital, dictado por la supremacía de la valorización financiera y el cambio de muchas de las pautas de producción conocidas, recrudece a tal punto la superexplotación de la periferia que, salvo en contados casos, la reconversión mundial devasta el aparato productivo de estos países y los vuelve a colonizar, en los umbrales del siglo XXI.

Pero la incertidumbre sobre el futuro del Tercer Mundo y el porvenir de bancos de alta insolvencia (sólo en Estados Unidos, en 1987, quebraron 200 bancos) fomenta las dudas sobre el futuro. Un futuro que se ha hecho presente de manera amenazadora en octubre de 1987. ¿Alguien puede afirmar que esas amenazas han desaparecido?

Ravi Batra ha escrito un best seller en el que describe el amenazante porvenir de la crisis. Su libro, que está haciendo furor en los países industrializados, se llama *La gran depresión de 1990* (acaba de editarlo Grijalbo en español). Su diagnóstico nace del sentido común, pero es ingenuo: considera que la depresión es una consecuencia de la concentración de la riqueza en pocas manos, que deprime la demanda y condena a la sobreproducción. La ingenuidad reside en separar esta consecuencia del movimiento del capital. La depresión no se frena con buenos propósitos: es una posibilidad derivada del esfuerzo de los capitalistas por alcanzar una alta rentabilidad a través del capital ficticio. Por eso la divisa que eligió para su libro *("el éxito es el paso final en la pendiente hacia el fracaso")* no es en este caso una cuestión de moral sino una característica de la valorización del capital. ¿Se la puede impedir en este mundo signado por el exitismo capitalista?

ARGENTINA

CURADOS EN ESPANTO

Por C. A.

El equipo económico dirigido por el ministro Juan Vital Sourrouille apuesta sus cartas a conseguir una economía de exportación. Nadie podría discutir esa estrategia en un momento en que todos los países ven su porvenir en el mercado mundial. Pero sí es discutible que la apuesta exportadora sea casi exclusiva. "Si queda espacio para el mercado interno, será como consecuencia del desarrollo exportador", dicen los funcionarios de Hacienda, pero "el reinado del mercado interno se terminó". En la perspectiva de una posible crisis internacional, es una posición bastante arriesgada.

Para evaluarla está el caso de Brasil. El gobierno argentino se ofrece a ser un pionero de la apertura aconsejada por el Banco Mundial y, en consonancia con esa política, la Argentina se limitó a bregar el año pasado en el GATT por un mayor espacio para sus exportaciones agropecuarias, a cambio de buena letra para abrir su mercado interno. No es sólo una conducta del gobierno. Guillermo Alchouron, presidente de la Sociedad Rural y afiliado radical, acaba de renovar discutibles apreciaciones antiindustrialistas en favor del libre cambio.

Entretanto, Brasil —que peleó por sus computadoras en el GATT resistiéndose a ceder su mercado interno— acaba de abrir un insólito e inesperado frente: tratará de venderle sus computadoras a la Unión Soviética, afrontando una operación que podría tener explosivas consecuencias políticas.

La diferencia está a la vista. Frente a la cambiante e incierta situación internacional, Brasil —como casi todo el mundo— tiene cartas diferentes, muchas de ellas respaldadas por su crecimiento industrial. La Argentina, en cambio, presenta un solo libreto. Someter el crecimiento a las posibilidades de la batalla presupuestaria y antiinflacionaria (aunque no termina de ganar ninguna de las dos), y jugar a aumentar sus exportaciones al mercado mundial, con mínimas posibilidades de defensa ante una posible depresión internacional.

LA DEPRESION DE 1990

Por Ravi Batra

Un análisis de la historia durante los últimos 10.000 años nos muestra que las recesiones se producen cada 10 años y las depresiones cada 30-40. La causa de estos fenómenos es el desequilibrio en la distribución de la riqueza en el seno de las diversas economías en las diferentes partes del mundo. La disparidad en la distribución de la riqueza ahora existente se vería remediada con la introducción de un impuesto sobre ésta en Estados Unidos que gravara a un 1 por ciento de la población, para acabar con el papel que actualmente desempeña este país como el mayor prestamista mundial de dinero neto. Otras medidas que asimismo ayudarían a mitigar el problema serían una regulación bancaria y unas exigencias adicionales en las coberturas o desembolsos iniciales de las operaciones mercantiles. Un impuesto sobre la riqueza en Europa contribuiría a evitar una futura depresión mundial en la década de los años noventa, depresión que podría tener su origen en la economía japonesa.

La teoría económica convencional se olvida casi por completo del impacto en la salud de la economía de la disparidad en la distribución de la riqueza. Se centra principalmente sobre componentes de la renta nacional tales como el consumo, la inversión, el gasto público, los impuestos y el equilibrio comercial. Este olvido es desacertado, porque en cualquier país la riqueza nacional es, por lo general, de cuatro a cinco veces más alta que la renta nacional, y un incremento, incluso pequeño, en la concentración de la riqueza puede lesionar seriamente la economía. Dicho olvido es posiblemente el motivo por el que los macromodelos convencionales han generado constantemente predicciones erróneas. A pesar de sus extensas teorías y de sus vastos modelos informáticos, los economistas han tenido últimamente un triste récord en sus pronósticos. A comienzos de los ochenta, la opinión generalizada de aquéllos era que un alto nivel de inflación y unos tipos de interés elevados habían llegado a constituir los rasgos permanentes de la economía de Estados Unidos, de manera que los mercados de obligaciones del Tesoro y de valores iban a repetir sus estancados resultados de la década de los setenta. No obstante, la predicción puede ser tarea sencilla si confiamos en el sentido común y en las lecciones de la historia.

Si no se adoptan reformas económicas, la depresión llegará también en el momento previsto. Existen ahora en todas partes signos de una catástrofe inminente. En 1985, la situación del endeudamiento internacional dio de repente un vuelco dramático. Por primera vez en este siglo, Estados Unidos pasó a ser una nación deudora, uniéndose en este aspecto a las filas de muchos países del Tercer Mundo.

Ese hecho se ha producido a un paso tan asombroso que son pocos los que lo conocen, e incluso menos los que reconocen sus inquietantes consecuencias. Para finales de



AFP

1987, la deuda exterior de Estados Unidos ascendió a 171.217 millones de dólares. EE.UU. cuenta ahora con la dudosa distinción de ser el mayor deudor del mundo. La situación es ciertamente irónica, en especial porque se ha producido en una época en la que la economía de ese país está en el quinto año de su recuperación después de la escalonada recesión de 1980-1982. Todo esto presagia mayores dificultades futuras.

Algunos historiadores han señalado notables similitudes entre la década de los años veinte y la de los ochenta. Sin embargo, los problemas económicos y sociales globales son hoy peores que los que se dieron hace seis décadas, cuando tanto el presupuesto como el comercio estadounidense se encontraban firmemente en superávit y Estados Unidos estaba surgiendo rápidamente como el prestamista por excelencia para el resto del mundo.

¿Cuál es la causa de todas nuestras inquietudes? La respuesta nos la da una teoría socioeconómica expuesta por un filósofo indio llamado Prabhat Ranjan Sarkar, quien denomina a su hipótesis la ley del ciclo social. Yo atribuyo toda mi capacidad predictiva y todo el éxito en mis predicciones a la ley del ciclo social de Sarkar.

Métodos y ambiciones

Sarkar comienza con las características generales de la mente humana. Arguye que aun cuando la mayor parte de la gente tiene fines y ambiciones comunes, los métodos para lograr sus objetivos pueden diferir de una persona a otra, dependiendo de las cualidades innatas de los individuos. De esta forma, en la sociedad existen cuatro clases, comprendiendo cada una de ellas a gentes de mentalidades distintas. Estas clases son los guerreros, los intelectuales, los adquisidores y los trabajadores. Entre los guerreros se incluyen los militares, los policías, los atletas profesionales, los bomberos, los trabajadores manuales especializados, etcétera; entre los intelectuales se cuentan los oficinistas, los profesionales y los sacerdotes; entre los adquisidores se engloban los terratenientes, los hombres de negocios, los comerciantes, los prestamistas y los banqueros. Finalmente, la clase de los trabajadores comprende a todos los obreros no especializados.

La división de la sociedad en cuatro clases es central para la filosofía de la evolución social de Sarkar. Específicamente, toda sociedad está dominada primero por la clase de los guerreros, luego por la clase de los intelectuales y finalmente por la clase de los adquisidores. Estos últimos generan tanta disparidad en la distribución de la riqueza, tanto materialismo y tanta comercialización, que las otras clases, desilusionadas por el malestar adquisitivo, terminan por derribar a sus líderes mediante una revolución social. Pronto llegan de nuevo al poder los guerreros, seguidos otra vez, en este orden, por los intelectuales, los adquisidores y la revolución social. Esta es, en resumen, la ley del ciclo social.

Aplicando esta teoría a la sociedad occidental, nos encontramos con que el imperio romano fue la era de los guerreros; el reinado de la Iglesia Católica, la de los intelectuales; el feudalismo, la de los adquisidores, que se acabó con las revoluciones campesinas que se produjeron en toda Europa en el siglo XV. Las monarquías centralizadas que entonces aparecieron representaban la segunda era de los guerreros, que fue seguida por otra era de los intelectuales, representada esta época por el dominio de los primeros ministros, los cancilleres y los diplomáticos. Actualmente, y desde la década de los años sesenta, hemos tenido gobiernos parlamentarios en los que la influencia de la riqueza ha sido muy fuerte.

Pueden haber notado ustedes una diferencia evidente entre las dos eras de los adquisidores —el feudalismo y el capitalismo—. Mientras que el feudalismo vino y se fue, el capitalismo permanece, y aparentemente con buena salud. Pero aunque sigue con vida, creemos que la segunda era adquisitiva está ya dando las últimas boqueadas, con su fin acercándose para dentro de aproximadamente 10 años, para el 2000. Ha estado siempre en la fase declinante desde la década de los años treinta, cuando la ideología neoclásica del *laissez faire* cedió terreno al pensamiento keynesiano favorable a la intervención de los gobiernos en la economía.

Desde la década de los años treinta ha existido un aumento del sentimiento prointervencionista, lo cual significa que es responsabilidad de los gobiernos el remedio de todos los males sociales. Pero para hacer realidad esta idea son necesarios los intelectuales, primero para concebir las normas legales correspondientes y luego para ponerlas en vigor.

Con la era de los adquisidores en declive, una importante crisis económica causaría hoy en Occidente una grave agitación política. Durante la década de los años veinte la era de la riqueza estaba en su cenit; por consiguiente, todo lo que hizo el gran *crash* de la década de los treinta fue transferir el poder de los adquisidores puros a los adquisidores intelectuales, pero no hubo ningún cambio en la propia clase dominante, ya que el supermaterialismo, la ideología básica de los adquisidores, continuaba impregnando la psique social. No obstante, si las economías occidentales se enfrentan ahora a la misma suerte que la de la década de los años treinta, llegará al poder una nueva clase.

Un atento examen de la historia humana de los últimos 10.000 años nos muestra que

AFP



La realidad del mundo actual consiste en que la capacidad de acumulación de capital y la acumulación de mercancías excede las posibilidades de la demanda global y, a la vez, el empapelamiento del capital excede a las mercancías y a la capacidad de producción acumuladas, sin posibilidades de que se puedan emplear a pleno con la demanda existente. Hay, por consiguiente, una sobreacumulación de capitales y una sobreproducción de mercancías, y una acumulación de capital en papeles (títulos y valores) al que se puede definir como *ficticio* porque excede la base material realmente existente. Por eso el exceso de títulos de capital en papel se combina fatalmente con la incapacidad de pago, que es lo que pasa con los títulos de la deuda externa.

Dado que la valorización de los papeles es momentáneamente independiente de la suerte de la actividad productiva, la primera se desarrolla febrilmente *precisamente cuando no hay chance de valorizar los capitales en la producción*. Pero el momento de la verdad es inevitable. El gobierno puede demorarlo asignando a la circulación monetaria papeles de aceptación más generalizada, para facilitar la circulación de los capitales de papel. Pero si la actividad productiva no ha crecido, el valor de los papeles es aparente y llega la hora de la verdad. Los mismos inversionistas se dan cuenta de la disparidad, observan con temor cómo crece la inflación y cómo se vuelven insolventes los bancos y en algún momento alguien empieza a huir de la próxima catástrofe: inevitablemente, los demás lo siguen y entonces sobreviene el crac bursátil. Esto es lo que sucedió en 1929 y se lo volvió a repetir el 19 de octubre de 1987.

Pero este secreto no se devela a quien se atiene exclusivamente al movimiento de los índices de producción. Para entender este proceso hay que observar el movimiento del capital en su conjunto y acostumbrarse a ver la producción y la especulación como formas del movimiento del capital, incluso cuando éste fuerza con la especulación la realización de una rentabilidad financiera con recursos que ya no existen y que por eso sólo se pueden obtener a costa de otros, empobreciendo a la sociedad. La suma de transacciones en los mercados de divisas de Nueva York, Tokio, Londres y Zurich representa unos 60 o 65 billones (millones de millones) de dólares por año, mientras el valor del comercio mundial no supera los 2 billones de dólares anuales. El capital dinero mundial en circulación es así treinta veces mayor que la masa de mercancías mundiales en circulación. Y éste no es un problema de especuladores. Las corporaciones son las que más capitales dedican a la especulación. *En Japón, que es un país caracterizado por el aumento de su producción, del 45 al 60 por ciento de los beneficios de las corporaciones se realizan en operaciones financieras.* Además, el enorme volumen de capital dinero ha fomentado el fraude en gran escala. Esta gran disparidad entre la situación del consumo y la expansión del capital, sobre todo en su forma ficticia, condiciona el desarrollo del Tercer Mundo, lo fuerza a pagar una deuda imposible de pagar y acentúa su pobreza día a día. Sucede que este movimiento mundial del capital, dictado por la supremacía de la valorización financiera y el cambio de muchas de las pautas de producción conocidas, recrudece a tal punto la superexplotación de la periferia que, salvo en contados casos, la reconversión mundial devasta el aparato productivo de estos países y los vuelve a colonizar, en los umbrales del siglo XXI.

Pero la incertidumbre sobre el futuro del Tercer Mundo y el porvenir de bancos de alta insolvencia (sólo en Estados Unidos, en 1987, quebraron 200 bancos) fomenta las dudas sobre el futuro. Un futuro que se ha hecho presente de manera amenazadora en octubre de 1987. ¿Alguien puede afirmar que esas amenazas han desaparecido?

Ravi Batra ha escrito un best seller en el que describe el amenazante porvenir de la crisis. Su libro, que está haciendo furor en los países industrializados, se llama *La gran depresión de 1990* (acaba de editarlo Grijalbo en español). Su diagnóstico nace del sentido común, pero es ingenuo: considera que la depresión es una consecuencia de la concentración de la riqueza en pocas manos, que deprime la demanda y condena a la sobreproducción. La ingenuidad reside en separar esta consecuencia del movimiento del capital. La depresión no se frena con buenos propósitos: es una posibilidad derivada del esfuerzo de los capitalistas por alcanzar una alta rentabilidad a través del capital ficticio. Por eso la divisa que eligió para su libro *("el éxito es el paso final en la pendiente hacia el fracaso")* no es en este caso una cuestión de moral sino una característica de la valorización del capital. ¿Se la puede impedir en este mundo signado por el exitismo capitalista?

LA DEPRESION DE 1990

Por Ravi Batra

Un análisis de la historia durante los últimos 10.000 años nos muestra que las recesiones se producen cada 10 años y las depresiones cada 30-40. La causa de estos fenómenos es el desequilibrio en la distribución de la riqueza en el seno de las diversas economías en las diferentes partes del mundo. La disparidad en la distribución de la riqueza ahora existente se vería remediada con la introducción de un impuesto sobre ésta en Estados Unidos que gravara a un 1 por ciento de la población, para acabar con el papel que actualmente desempeña este país como el mayor prestamista mundial de dinero neto. Otras medidas que asimismo ayudarían a mitigar el problema serían una regulación bancaria y unas exigencias adicionales en las coberturas o desembolsos iniciales de las operaciones mercantiles. Un impuesto sobre la riqueza en Europa contribuiría a evitar una futura depresión mundial en la década de los años noventa, depresión que podría tener su origen en la economía japonesa.

La teoría económica convencional se olvida casi por completo del impacto en la salud de la economía de la disparidad en la distribución de la riqueza. Se centra principalmente sobre componentes de la renta nacional tales como el consumo, la inversión, el gasto público, los impuestos y el equilibrio comercial. Este olvido es desacertado, porque en cualquier país la riqueza nacional es, por lo general, de cuatro a cinco veces más alta que la renta nacional, y un incremento, incluso pequeño, en la concentración de la riqueza puede lesionar seriamente la economía. Dicho olvido es posiblemente el motivo por el que los macromodelos convencionales han generado constantemente predicciones erróneas. A pesar de sus extensas teorías y de sus vastos modelos informáticos, los economistas han tenido últimamente un triste récord en sus pronósticos. A comienzos de los ochenta, la opinión generalizada de aquéllos era que un alto nivel de inflación y unos tipos de interés elevados habían llegado a constituir los rasgos permanentes de la economía de Estados Unidos, de manera que los mercados de obligaciones del Tesoro y de valores iban a repetir sus estancados resultados de la década de los setenta. No obstante, la predicción puede ser tarea sencilla si confiamos en el sentido común y en las lecciones de la historia.

Si no se adoptan reformas económicas, la depresión llegará también en el momento previsto. Existen ahora en todas partes signos de una catástrofe inminente. En 1985, la situación del endeudamiento internacional dio de repente un vuelco dramático. Por primera vez en este siglo, Estados Unidos pasó a ser una nación deudora, uniéndose en este aspecto a las filas de muchos países del Tercer Mundo.

Ese hecho se ha producido a un paso tan asombroso que son pocos los que lo conocen, e incluso menos los que reconocen sus inquietantes consecuencias. Para finales de


AFP

1987, la deuda exterior de Estados Unidos ascendió a 171.217 millones de dólares. EE.UU. cuenta ahora con la dudosa distinción de ser el mayor deudor del mundo. La situación es ciertamente irónica, en especial porque se ha producido en una época en la que la economía de ese país está en el quinto año de su recuperación después de la escalonada recesión de 1980-1982. Todo esto presagia mayores dificultades futuras.

Algunos historiadores han señalado notables similitudes entre la década de los años veinte y la de los ochenta. Sin embargo, los problemas económicos y sociales globales son hoy peores que los que se dieron hace seis décadas, cuando tanto el presupuesto como el comercio estadounidense se encontraban firmemente en superávit y Estados Unidos estaba surgiendo rápidamente como el prestamista por excelencia para el resto del mundo. ¿Cuál es la causa de todas nuestras inquietudes? La respuesta nos la da una teoría socioeconómica expuesta por un filósofo indio llamado Prabhat Ranjan Sarkar, quien denomina a su hipótesis la ley del ciclo social. Yo atribuyo toda mi capacidad predictiva y todo el éxito en mis predicciones a la ley del ciclo social de Sarkar.

Métodos y ambiciones

Sarkar comienza con las características generales de la mente humana. Arguye que aun cuando la mayor parte de la gente tiene fines y ambiciones comunes, los métodos para lograr sus objetivos pueden diferir de una persona a otra, dependiendo de las cualidades innatas de los individuos. De esta forma, en la sociedad existen cuatro clases, comprendiendo cada una de ellas a gentes de mentalidades distintas. Estas clases son los guerreros, los intelectuales, los adquisidores y los trabajadores. Entre los guerreros se incluyen los militares, los policías, los atletas profesionales, los bomberos, los trabajadores manuales especializados, etcétera; entre los intelectuales se cuentan los oficinistas, los profesionales y los sacerdotes; entre los adquisidores se engloban los terratenientes, los hombres de negocios, los comerciantes, los prestamistas y los banqueros. Finalmente, la clase de los trabajadores comprende a todos los obreros no especializados.

La división de la sociedad en cuatro clases es central para la filosofía de la evolución social de Sarkar. Específicamente, toda sociedad está dominada primero por la clase de los guerreros, luego por la clase de los intelectuales y finalmente por la clase de los adquisidores. Estos últimos generan tanta disparidad en la distribución de la riqueza, tanto materialismo y tanta comercialización, que las otras clases, desilusionadas por el malestar adquisitivo, terminan por derribar a sus líderes mediante una revolución social. Pronto llegan de nuevo al poder los guerreros, seguidos otra vez, en este orden, por los intelectuales, los adquisidores y la revolución social. Esta es, en resumen, la ley del ciclo social.

Aplicando esta teoría a la sociedad occidental, nos encontramos con que el imperio romano fue la era de los guerreros; el reinado de la Iglesia Católica, la de los intelectuales; el feudalismo, la de los adquisidores, que se acabó con las revoluciones campesinas que se produjeron en toda Europa en el siglo XV. Las monarquías centralizadas que entonces aparecieron representaban la segunda era de los guerreros, que fue seguida por otra era de los intelectuales, representada esta época por el dominio de los primeros ministros, los cancilleres y los diplomáticos. Actualmente, y desde la década de los años sesenta, hemos tenido gobiernos parlamentarios en los que la influencia de la riqueza ha sido muy fuerte.

Pueden haber notado ustedes una diferencia evidente entre las dos eras de los adquisidores —el feudalismo y el capitalismo—. Mientras que el feudalismo vino y se fue, el capitalismo permanece, y aparentemente con buena salud. Pero aunque sigue con vida, creemos que la segunda era adquisitiva está ya dando las últimas boqueadas, con su fin acercándose para dentro de aproximadamente 10 años, para el 2000. Ha estado siempre en la fase declinante desde la década de los años treinta, cuando la ideología neoclásica del *laissez faire* cedió terreno al pensamiento keynesiano favorable a la intervención de los gobiernos en la economía.

Desde la década de los años treinta ha existido un aumento del sentimiento prointervencionista, lo cual significa que es responsabilidad de los gobiernos el remedio de todos los males sociales. Pero para hacer realidad esta idea son necesarios los intelectuales, primero para concebir las normas legales correspondientes y luego para ponerlas en vigor.

Con la era de los adquisidores en declive, una importante crisis económica causaría hoy en Occidente una grave agitación política. Durante la década de los años veinte la era de la riqueza estaba en su cenit; por consiguiente, todo lo que hizo el gran *crash* de la década de los treinta fue transferir el poder de los adquisidores puros a los adquisidores intelectuales, pero no hubo ningún cambio en la propia clase dominante, ya que el supermaterialismo, la ideología básica de los adquisidores, continuaba impregnando la psique social. No obstante, si las economías occidentales se enfrentan ahora a la misma suerte que la de la década de los años treinta, llegará al poder una nueva clase.

Un atento examen de la historia humana de los últimos 10.000 años nos muestra que

AFP




AFP



LA DEPRESION DE 1990

la ley del ciclo social no ha dejado de cumplirse ni siquiera una vez en cualquier sociedad. Egipto pasó por tres ciclos sociales antes de sucumbir al poder musulmán, el cual se encuentra en estos momentos en proceso de transición hacia su propia era de los adquisidores. La URSS se encuentra en su segunda era de los guerreros y a punto de entrar en la era de los intelectuales. La India está en la última etapa de su tercer ciclo social y se prepara para una revolución social en los primeros años de la década de los noventa. China tuvo una revolución social en 1949 y pasó de la era feudalista de los adquisidores a la era de los guerreros. Finalmente, Japón entró en la era de los adquisidores hace unos 55 años. Así, la rueda del ciclo social ha estado moviéndose en todas las sociedades, aunque con velocidades diferentes, y ni siquiera una vez ha dejado de hacerlo en toda la historia humana. Sarkar sostiene que la era de los adquisidores llega a su fin a causa de una extremada concentración de la riqueza. Este es también uno de los motivos de que se produzcan las depresiones. Por supuesto, la teoría económica convencional no está de acuerdo con esta conclusión.

Generalmente, los economistas piensan que el gobierno de Estados Unidos provocó la gran depresión de la década de los años treinta con sus erróneas políticas monetaria y tributaria. Esto es como culpar a un médico de la enfermedad de su paciente. La economía de la década de los veinte estaba ya gravemente enferma a causa de la extrema disparidad en la distribución de la riqueza, la cual condujo a un sistema bancario frágil y a una euforia del mercado de valores no acompasada con la realidad. Se hundió como un castillo de naipes tan pronto como en 1929 los precios descendieron un poco. Por supuesto, el gobierno empeoró las cosas haciendo caso omiso de la verdadera causa de la depresión, a saber, la disparidad en la distribución de la riqueza.

En cualquier caso, en la etapa de la predepresión de la economía, los economistas, típicamente, afirmaron que era imposible otra depresión.

Poca gente tiene una idea de lo que es una depresión, porque la última se produjo hace seis décadas, pero una depresión no es un asunto trivial, algo para ser estudiado en los libros de texto y luego sumariamente ignorado. Es una devastación económica en una escala masiva, un espectro tan temible como una guerra mundial convencional. Millones de personas pierden sus empleos, los salarios bajan rápidamente y muchos se encuentran al borde del hambre.

Veamos por qué una depresión es una respuesta de los mercados libres a los grandes desequilibrios causados por la extremada concentración de la riqueza. Una extrema desigualdad crea pobreza, la cual, a su vez, genera un alto endeudamiento, ya que los pobres y la clase media tratan de mantener sus niveles de vida pidiendo dinero prestado. Como consecuencia, el sistema financiero deviene frágil y aumentan las quiebras bancarias, puesto que entonces los bancos prestan dinero a gentes con altos riesgos de solvencia.

Burbuja especulativa

Otro efecto de la desigualdad es un alza repentina de la especulación, llamada burbuja especulativa, porque sólo los ricos pueden permitirse apostar dinero en inversiones arriesgadas. Por consiguiente, todas las burbujas del mercado de valores se iniciaron por las extremas disparidades en la distribución de la riqueza, las cuales —de forma no sorprendente— han generado otra burbuja en la década de los ochenta. Pero todas las burbujas acaban por estallar, culminando en una depresión. Y la disparidad en la distribución de la riqueza es también alta en el Reino Unido, Francia, Alemania Occidental y entre las empresas japonesas. Así que no hay que extrañarse, la fiebre especulativa es ahora alta en todo el mundo. Es triste observar que, como en 1929, el 1 por ciento de los estadounidenses posee el 36 por ciento de la riqueza nacional, de manera que Estados Unidos y el mundo están al borde de otra depresión.

La depresión de la década de los treinta fue un acontecimiento catastrófico que anunció la fase declinante de la actual era de los adquisidores en Occidente. Será necesaria otra crisis semejante para dar fin a esta era. De acuerdo con los documentos históricos, ha habido al menos una recesión cada década, pero sólo cuatro depresiones importantes. Hubo una en la década de los años 1780, otra en la de los 1840, una más en la de los 1870 y finalmente, otra en la de los años 1930. De ellas, las depresiones de las décadas de 1840 y 1930 fueron las peores de la historia. En otras palabras, si una depresión se producía en el intervalo de tres décadas no era tan mala como el desastre anterior, pero si se daba en el intervalo de seis décadas, entonces mostraba un efecto acumulativo y era peor que la peor de las anteriores.

La actividad económica parece moverse, pues, en términos de ciclos de tres o seis décadas. Este es el motivo de que la década de los ochenta en Estados Unidos y en Europa nos recuerde tanto la de los años veinte.

La década de los veinte estuvo marcada por un crecimiento bajo del dinero, una inflación baja y por la desregulación. En este aspecto, la década de los ochenta, en relación con la inmediatamente precedente, se ha asemejado hasta ahora a la de los años veinte. Exactamente los mismos *holdings,* con una actividad de fusión entre los negocios. Tanto la década de los ochenta como la de los veinte muestran un fuerte aumento de las uniones y fusiones industriales.

Los bancos tuvieron ingresos mediocres durante la década de los años veinte. Poco más o menos, lo mismo les ha sucedido en la primera mitad de la década de los ochenta. Entonces, como ahora, el sector agrario estaba muy deprimido debido a la pérdida de mercados extranjeros y a los bajos precios a que tenían que vender sus productos los agricultores estadounidenses. Entonces, como ahora, la industria del carbón estaba estancada. Lo mismo le ocurría a las industrias textiles, del calzado, al transporte marítimo y fluvial y a los ferrocarriles, como también les ocurre ahora. Los precios de la energía bajaron a lo largo de los años veinte. Lo mismo han hecho hasta ahora en los ochenta.

Paralelismos históricos

De igual modo, los acontecimientos económicos de la década de los setenta recuerdan a muchos de la de los años diez. Ambas décadas experimentaron un alto crecimiento monetario, una alta regulación y una alta inflación. En ambas, los sectores agrícola y energético fueron muy prósperos. Por consiguiente, una atenta mirada a la historia nos revela, de forma realmente notable, la presencia de un ciclo de seis décadas en la actividad económica.

Mirando al futuro, el ciclo significa que la década de los noventa será similar a la de los treinta. En otras palabras, en la próxima década se repetirá la Gran Depresión. Y dado que la era de los adquisidores está ahora en declive, y dado también que la nueva crisis se estaría acercando después de un intervalo de seis décadas, probablemente sea más profunda que el anterior desastre económico. Los actuales problemas existentes en Estados Unidos, a pesar de un largo período de cinco años de recuperación desde 1982-1983, constituyen sencillamente presagios del nuevo cataclismo que ya casi se cierne sobre el horizonte.



AFP

El camino del crac

Según el profesor Batra, todo lo que ocurrió en Estados Unidos en la década de los '20 se reproduce en la de los '80. "Al final de 1989 y en la primera mitad de 1990 habrá un nuevo crac bursátil que será seguido por un abismal declinar de los negocios y un radical aumento de la tasa de desempleo".

'20	'80
Un año de gran desempleo, gran inflación y altos tipos de interés. Una rara combinación. General Motors tiene sus primeras pérdidas.	Se produce la misma rara combinación. General Motors no perdió dinero durante la depresión pero lo pierde ahora.
'21	**'81**
Se produce un enorme recorte de impuestos que favorece a los ricos. Puesta en práctica de políticas de control del dinero para sujetar la inflación. El desempleo crece bruscamente.	Las noticias económicas más importantes en la historia de los Estados Unidos son la reducción de impuestos favorables a los negocios y a las clases pudientes. Ocurre la misma política de control del dinero que en 1921. El desempleo crece bruscamente.
'22	**'82**
Brusca caída de la inflación. Brusca caída de los tipos de interés. Brusca subida de la Bolsa.	Brusca caída de la inflación. Brusca caída de los tipos de interés. Brusca subida de la Bolsa.
'23	**'83**
Por primera vez en su historia los bancos deciden pagar intereses por el dinero depositado en las cuentas corrientes. Radical descenso del desempleo. La Bolsa continúa subiendo.	Los bancos pagan intereses por el dinero de las cuentas corrientes por primera vez desde los años '30. Se produce una caída del desempleo considerada como la mayor de las tres últimas décadas. La Bolsa continúa subiendo.
'24	**'84**
La inflación es pequeña, los tipos de interés se mantienen estables y la Bolsa continúa subiendo.	La inflación es pequeña, los tipos de interés se mantienen estables y la Bolsa continúa subiendo.
'25	**'85**
El desempleo cae de nuevo. La Bolsa sube otra vez y la inflación permanece inalterable. Se produce un brusco crecimiento de desastres bancarios.	El desempleo cae de nuevo. La Bolsa sube otra vez y la inflación permanece inalterable. Brusco crecimiento de los fracasos bancarios. Ciento veinte bancos quiebran en 1985.
'26	**'86**
La Bolsa rompe un nuevo record. El desempleo declina bruscamente. La ley sobre ingresos de 1926 reduce bruscamente los impuestos para los pobres y los ricos, mientras que crecen para las empresas. Al final del año los precios de la energía caen agudamente. Otro salto en los fracasos bancarios.	La Bolsa bate otro record. El desempleo baja un poco. La ley de Reforma de los Impuestos de 1986 tendrá como consecuencia la mayor reducción de impuestos para las personas, mientras crecen para las empresas. Los precios energéticos caen radicalmente durante el año. Lo mismo que en 1926. Quiebran 130 bancos.